

A PROPÓSITO DE LA EXPOSICIÓN DE ANITA MALFATTI

AUTOR: Monteiro Lobato

“O Estado de S. Paulo”, 20 de diciembre de 1917.

Traducción: Carlos Gómez y Julia Buenaventura

Hay dos tipos de artistas. Uno compuesto por los que ven las cosas de manera normal y, en consecuencia, hacen arte puro, conservando los ritmos eternos de la vida, y adoptando para la concreción de las emociones estéticas, los procesos clásicos de los grandes maestros. Quien sigue este camino, si tiene genio, es Praxíteles en Grecia, Rafael en Italia, Rembrandt en Holanda, Rubens en Flandes, Reynolds en Inglaterra, Leubach en Alemania, Iorn en Suecia, Rodin en Francia y Zuluaga en España. Si solo tiene talento, se sumará a la pléyade de satélites que gravitan alrededor de esos soles eternos. La otra especie está formada por aquellos que ven la naturaleza anormalmente y la interpretan a la luz de teorías efímeras, bajo la sugestión estrábica de escuelas rebeldes, surgidas aquí y allá como forúnculos de una cultura excesiva. Son productos del cansancio y del sadismo de todas las épocas de decadencia; son los frutos del final de la estación, agusanados ya al nacer. Estrellas fugaces, brillan por un instante, la mayoría de las veces con la luz del escándalo, y luego desaparecen en la oscuridad del olvido. Aunque se presenten como nuevos, precursores de un arte por venir, nada es más antiguo que el arte anormal o patológico: nació con la paranoia y la mistificación. Los psiquiatras llevan muchos años estudiándolo en sus tratados, documentándose en los innumerables dibujos que decoran las paredes interiores de los manicomios. La única diferencia es que en los manicomios este arte es sincero, producto ilógico de cerebros perturbados por las psicosis más extrañas; pero fuera de ellos, en las exhibiciones públicas, infladas por la prensa y asimiladas por los americanos dementes, no tienen sinceridad, ni lógica, siendo pura mistificación.

Todas las artes se rigen por principios inmutables, leyes fundamentales que no dependen del tiempo ni de la latitud. Las medidas de proporción y equilibrio, en la forma o el color, derivan de lo que llamamos sentir. Cuando las sensaciones del mundo exterior se transforman en impresiones cerebrales, "sentimos"; para que sintamos de diferentes formas, cubistas o futuristas, es necesario que la armonía del universo sufra una alteración completa, o que nuestro cerebro esté fallando por alguna lesión grave. Mientras el hombre tenga la percepción sensorial normal, a través de la puerta común de los cinco sentidos, un artista frente a un gato sólo podrá percibir un gato, y es falsa la "interpretación" que hace del gato un "tonto" que pinta un escarabajo o un montón de cubos transparentes.

Estas consideraciones son provocadas por la exposición de la Sra. Malfatti, donde hay tendencias muy acentuadas hacia una actitud estética forzada ante las extravagancias de Picasso y compañía. Esta artista tiene un talento contundente y fuera de lo común. Pocas veces, a través de una obra extraviada, se notan tantas y tan preciosas cualidades

latentes. En cualquiera de sus pequeños cuadros se hace perceptible cuán independiente es la autora, cuán original es, cuán inventiva es, en qué alto grado posee un sin número de cualidades innatas y adquiridas de lo más fecundas para construir una sólida individualidad artística. Sin embargo, seducida por las teorías de lo que ella llama arte moderno, entró en los dominios de un impresionismo muy discutible, y puso todo su talento al servicio de una nueva especie caricatura.

Seamos sinceros: el futurismo, el cubismo, el impresionismo y “tutti quanti” [todos ellos] son solo ramas del arte de la caricatura. Son extensiones de la caricatura en regiones en las cuales hasta ahora ésta no había penetrado. Caricatura del color, caricatura de la forma, una caricatura que no pretende, como la primitiva, resaltar una idea cómica, sino desorientar y aturdir al espectador. La fisonomía que se desprende de una de estas exposiciones es de las más sugerentes. Ninguna impresión de placer o de belleza revela los rostros; en todos, sin embargo, se lee la desilusión de los que están inseguros, dudosos de sí mismos y de los demás, incapaces de razonar, y muy desconfiados de aquello que mistifican hábilmente. Otros, sobre todo ciertos críticos, aprovechan la oportunidad para “épater les bourgeois” [impresionar a los burgueses]. Teorizan con gran cantidad de palabrería técnica, descubren en los lienzos intenciones y sub intenciones inaccesibles al común de la gente, las justifican con la independencia de interpretación del artista y concluyen que el público es burro y ellos, los expertos, un brillante puñado de iniciados de la Estética Oculta. En el fondo, se ríen unos de otros, el artista del crítico, el crítico del pintor y de su público. Arte moderno, he aquí el estudio, la justificación suprema. En la poesía también aparecen a veces forúnculos de esta naturaleza, provenientes de una ceguera que es siempre la misma: el arte moderno. Como si no fueran modernísimos, ese Rodin que acaba de morir dejando tras de sí una luminosa estela de mármoles divinos; este André Zorn, maravilloso "virtuoso" del dibujo y la pintura; este Brangwyn, genio rembrandtesco de la Babilonia industrial que es Londres; este Paul Chabas, el dulce poeta de las mañanas, de las aguas tranquilas y de los cuerpos femeninos en capullo. Como si no fuera moderna, muy moderna, toda la actual legión de incomparables artistas del pincel, la pluma, el aguafuerte, la punta seca que hacen de nuestra época una de las más fértiles en obras maestras de cuantas dejaron huellas de luz en la historia de la humanidad.

En la exposición de Malfatti, aparece como justificación de su escuela, la obra de un maestro americano, el cubista Bolynson. Se trata de un carboncillo que representa (esto se sabe porque así lo dice una nota explicativa) una figura en movimiento. Está allí entre las obras de la Sra. Malfatti en la actitud de quien dice: yo soy el ideal, yo soy la obra maestra, juzga al público por encima de los demás, tomándome como punto de referencia. Tengamos el coraje de no ser pedantes: esos garabatos no son una figura en movimiento; son, más bien, un trozo de carboncillo en movimiento. El señor Bolynson lo tomó entre los dedos de las manos o de los pies, cerró los ojos y lo pasó hasta los bordes del lienzo, de derecha a izquierda, de arriba a abajo. Y si no fue así, perdió una hora de su vida haciendo rayones de un lado a otro, se dio cuenta de la bobada y la pérdida de tiempo, viendo como el resultado era absolutamente el mismo.

Ya en París se llevó a cabo un curioso experimento: ataron una brocha a la cola de un burro y colocaron sus cuartos traseros frente a un lienzo. Con los movimientos de la cola del animal, la brocha fue ensuciando la tela. El fantasmagórico resultado fue expuesto como un atrevimiento supremo de la escuela cubista, y proclamado por sus mitificadores como una verdadera obra maestra que sólo algún raro espíritu elegido podía comprender. Resultado: el público acudió boquiabierto. Los iniciados se regocijaron y la tela ya tenía pretendientes cuando se desenmascaró el engaño. La pintura de la Sra. Malfatti no es cubista, por lo que estas palabras no le son dirigidas de manera directa; pero como añadió un cubo a su exposición, nos hace creer que tiende hacia él como hacia un ideal supremo. Que nos perdone la talentosa artista, pero dejemos aquí un dilema: ¿o es el Sr. Bolynson un genio y quedan tachados de esta categoría, como insignes burros, toda la cohorte de maestros inmortales, de Leonardo a Steves, de Velázquez a Sorolla, de Rembrandt a Whistler, o... viceversa. Porque es del todo imposible llamar obra de arte a dos cosas diametralmente opuestas, como, por ejemplo, La mañana de septiembre de Chabas y el carboncillo cubista del Sr. Bolynson.

Si no fuera por la profunda simpatía que nos inspira el talento de la Sra. Malfatti, no vendríamos aquí con esta serie de comentarios desagradables. Esta artista debe haber escuchado numerosos elogios por su nueva actitud estética. Irritará sus oídos como descortés impertinencia esa voz sincera que viene a romper la armonía de un coro de halagos. Sin embargo, si se reflexiona un poco, se verá que la adulación mata y la sinceridad salva. El verdadero amigo de un artista no es el que lo aturde con elogios, sino el que le da una opinión honesta, aunque dura, y le traduce llanamente, sin reservas, lo que todos piensan de él por detrás. Los hombres tienen la posibilidad de no tomar a las mujeres en serio. Por eso siempre les son amables cuando les piden su opinión. Tal caballerosidad es falsa, y más que falsa, dañina. ¿Cuántos talentos de primer orden no se han extraviado, arrastrados por malos caminos por elogios incondicionales y mentirosos? Y tendríamos en la Sra. Malfatti solo una "chica que pinta", como hay cientos por ahí, sin denunciar chispazos de talento, callaríamos, o tal vez le daríamos media docena de esos adjetivos como esos "bombones" que la crítica azucarada siempre tiene a mano cuando se trata de chicas. La consideramos, sin embargo, digna del alto homenaje que es tomarse en serio su talento, opinando muy sinceramente sobre su arte, y valiosa por el hecho de que refleja la opinión de un público sensible, críticos, aficionados, artistas... colegas y... de sus apologistas. De tus apologistas, sí, porque ellos también piensan así... entre bastidores